

RESEÑAS

PABLO ORTEMBERG, *Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la Monarquía a la República*, Lima, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014, 404 páginas.

JAIME VALENZUELA MÁRQUEZ, *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 2014, vol. LXIX, 469 páginas

El estudio específico del fenómeno de la fiesta no tiene tan larga data como el de otros más generales donde se inserta. Recién comienza a trabajarse en forma sistemática a partir de los años sesenta y setenta del siglo xx. Se ha hecho mención al espíritu festivo y a la fiesta misma en estudios sobre religiosidad, vida privada, cultura popular y el juego. También en monografías dedicadas a dilucidar el universo de lo sagrado y lo profano, las liturgias y las ritualidades.

La fiesta de la época virreinal en América tuvo a la Iglesia y al Rey como figuras articuladoras y cohesionadoras de la vida pública. Determinaban las representaciones de los ámbitos directamente asociados con la religión o con el poder civil. En una sociedad compleja y abigarrada como lo fue la americana de tiempos virreinales, los rituales festivos fueron una de las mejores formas de mantener el dominio político y religioso. Desde el ámbito oficial, la fiesta era un medio para el ejercicio del poder; desde el ámbito popular, en cambio, servía para romper el orden establecido, al menos de manera temporal.

Para estudiar el fenómeno de la fiesta y de los ritos y liturgias a ella aparejadas es que hablaremos de dos libros recién publicados, junto a un tercero que ha devenido un clásico en el estudio de la fiesta en Chile. Estas obras nos permiten conocer este universo antropológico e histórico en un periodo largo y en un espacio determinado cual es el del cono sur de América del Sur. Los dos primeros libros son: *Rituales del poder en Lima (1735-1828). De la Monarquía a la República*, de Pablo Ortemberg, junto con *Fiesta, rito y política. Del Chile borbónico al republicano*, de Jaime Valenzuela Márquez. El libro de más antigua data es el de Isabel Cruz, *La fiesta. Metamorfosis de lo cotidiano* (Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995).

A pesar de que los tres libros aquí presentados tratan únicamente de lo que son hoy Chile y Perú, pensamos que son representativos de lo que ocurría en el cono Sur en general, ya que hay constantes menciones al tiempo en común vivido durante los años del virreinato del Perú, así como muchas coincidencias formales que nos hablan de un fenómeno bastante generalizado y con características compartidas. Jaime Valenzuela, incluso, enuncia la idea de que las fiestas y ritos asociados a las entradas de los gobernadores en Chile constituían una suerte de premonición de su futuro como eventuales virreyes del Perú: entre más fastuosos eran los recibimientos chilenos, más posibilidades había

de ser virrey en el futuro. Esto nos habla de conexiones del espíritu en un tiempo dado y de un cierto orden preestablecido para que las cosas ocurrieran, donde el juego de las apariencias tenía un papel importante en la dinámica social. Y en términos de significado, los rituales claramente constituían la parte visible de las disputas permanentes por las prerrogativas simbólicas de una sociedad.

Que la fiesta y sus ritos o, bien, los ritos y su manifestación festiva, son un fenómeno de larga data –de larga duración como diríamos en nomenclatura historiográfica– es un postulado indiscutible del que parten los tres autores aquí reseñados.

En el libro de Pablo Ortemberg, el prólogo de Nathan Wachtel destaca la importancia del tópico elegido: la antropología trata la fiesta como un hecho social total y la historiografía como un fenómeno de extraordinaria continuidad durante varios siglos (p. 16). Pablo Ortemberg comulga durante todo el libro con estos postulados y pone el comienzo de su narración en los relatos míticos, concatenando desde el inicio los aportes de las dos disciplinas que él maneja: la Antropología y la Historia.

Jaime Valenzuela, por su parte, está entregando un volumen complementario a su reflexión anterior sobre las liturgias del poder³⁵. Dedicado ahora al siglo XVIII, su libro anterior es una excelente forma de acercarse al mismo tema, pero en los siglos XVI y XVII. Esto prueba la larga duración del fenómeno.

En el caso de Isabel Cruz, esta afirmación tiene una connotación absolutamente radical y su forma de acercarse al tema de la fiesta constituye uno de sus postulados más fuertes y tal vez uno de los aportes de su libro. Incluso, los contenidos de la obra están, de alguna forma, determinados por su postura epistemológica respecto al tema. Para ella la fiesta tiene un origen sagrado, lo que explicaría tanto su vertiente religiosa como la cívica, haciendo de este fenómeno algo connatural al ser humano, que siente su necesidad de conmemorar para poder lograr la comunión con lo numinoso. Del mismo modo, para la fiesta más cívica y republicana, Isabel Cruz insiste en la raíz religiosa de la fiesta (p. 242) y argumenta que no satisfacen las explicaciones solo políticas de las fiestas cívicas españolas de la época. Porque el concepto de poder, el carisma real proclamado en las fiestas barrocas, reposa sobre nociones y comportamientos humanos ancestrales.

Esta postura frente a la fiesta es la que explica que en el primer capítulo de su libro –“La fiesta barroca: sus claves”– dedique varias páginas a fundamentar su postulado y a proporcionar otras explicaciones teóricas que lo hacen una lectura obligatoria para quienes estén interesados en el fenómeno de la fiesta. El segundo es muy extenso y trata del ciclo religioso anual, que también se caracteriza por su extensión y dinamismo; el tercero está centrado en las efemérides cívicas. Aquí es donde coincide en intención y en fechas con los otros dos autores aquí tratados. En resumen, Isabel Cruz parte de la base del carácter sagrado de la fiesta y luego divide las fiestas de Chile en religiosas y cívicas. En cada apartado hace un análisis diacrónico del fenómeno.

Sin negar una aseveración de este tipo, Pablo Ortemberg y Jaime Valenzuela parten, no obstante, desde otro prisma y ambos articulan su propuesta desde un punto de vista

³⁵ Véase Jaime Valenzuela Márquez, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile Colonial (1609-1709)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos/ LOM Ediciones, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, colección Sociedad y Cultura, 2001, vol. xxvii

cronológico, para trabajar espacios rituales específicos: muertes y entronizaciones de reyes, bienvenidas de gobernadores y virreyes. Son liturgias del poder que se hacen con el propósito de la celebración y afirmación del orden social. El historiador argentino Pablo Ortemberg nos entrega un libro que trata sobre los rituales del poder en Lima entre 1735 y 1828. Tras una introducción donde devela su hipótesis, el escenario y los actores de la fiesta cívica en la capital virreinal, lo siguen unos capítulos dedicados, primero, a las fiestas con motivo de la llegada de los virreyes, para, luego, analizar las proclamaciones reales de la época absolutista. En el tercero se refiere a las nuevas fiestas constitucionales para, después, estudiar los preámbulos de los rituales de la independencia y terminar con el ceremonial republicano propiamente tal.

El bagaje antropológico del profesor Pablo Ortemberg se adivina en el tratamiento que hace del fenómeno que le interesa. Lo trata en todas sus dimensiones (política, económica, religiosa, estética y simbólica), sin dar mayor ponderación a un aspecto sobre otro. Y en términos metodológicos, es interesante cómo logra mostrar la complejidad del fenómeno con su estructura narrativa. A diferencia de Isabel Cruz y Jaime Valenzuela, que hacen disquisiciones teóricas y luego ejemplifican con casos históricos, parte por una narración de hechos que va explicando a medida que expone. Y es en esta exposición donde se van mostrando las diversas aristas y lecturas del fenómeno. Describe las performances rituales seguidas de una explicación de aquellos acontecimientos graves y agudos que están detrás del acontecer urbano. Terremotos, pestes y otros acontecimientos van pintando un telón de fondo para dar una idea del carácter de la fiesta que le interesa analizar. Una diferencia de fórmula para desplegar materiales y teorías.

Siguiendo con los bagajes que nutren la producción de estos autores encarnada en sendas obras, los tres se muestran herederos de la obra de José Antonio Maravall. En diversos niveles –y unos en forma más explícita que otros– los tres autores que estamos trabajando hablan del Barroco no solo como un estilo sino, también, como una forma de vida que se dio en un periodo determinado y que caracterizó la forma de estar y representar del hombre español e hispanoamericano. Este historiador-ensayista habría dicho que el Barroco es una disposición anímica e intelectual dominante en un tiempo europeo, de la que derivarían ciertas formas estéticas, estructuras económicas y mentalidad social. Un concepto histórico de época que explica las manifestaciones de la cultura misma. A pesar de que su énfasis está puesto en España, no descarta que su influencia haya llegado a los países americanos. Desde aquí es que muchos historiadores han coincidido con las apreciaciones del historiador español. Sin embargo, Pablo Ortemberg es crítico frente al uso que José A. Maravall hiciera de ciertos conceptos. No está de acuerdo con su aseveración respecto de que el Barroco está dirigido a la alienación de masas, por lo que de ahí resultaría una cultura moderna con fines conservadores. El historiador argentino dice que cabe preguntarse sobre la pertinencia del concepto de propaganda en relación con estos rituales, puesto que los protagonistas y promotores de las ceremonias creían en el ritual tanto como los espectadores. Tensiona también la utilización del término cultura de masas, considerándola históricamente inadecuada, al menos para la realidad limeña de los siglos XVII y XVIII (pp. 67-68).

Los tres historiadores que estamos analizando dedican parte de su argumento a explicar lo que entienden por Barroco, para así definirse frente a un término que es ambiguo y tenso, y que hace su aparición con una carga negativa al referirse peyorativamente

a los excesos formales de las artes visuales y de la música, pero que en su análisis más profundo y alejado de las sensibilidades de época, logra perfilarse con más objetividad. En este sentido, las ideas de José Antonio Maravall calzan muy bien con el espíritu más crítico que anima a los historiadores que trabajamos, así como con la naturaleza holística del problema que nos interesa.

Lo barroco aplicado a la fiesta, entonces, sería aquel espacio sensorial que tiende a la búsqueda de la sorpresa y el juego de la ostentación y el ocultamiento. Esta explicación del juego del ser y el parecer está en especial bien logrado en las obras de Pablo Ortemberg e Isabel Cruz, quienes, además, utilizan un lenguaje y un vocabulario acorde con la naturaleza del fenómeno que describen. Un lenguaje que logra los mismos juegos de contrarios que habrían caracterizado los siglos que trabajan: un mundo de luces y sombras; de magia y sorpresas, efectos especiales y teatralización discursiva.

Asimismo, describen muy bien las performances y la visualidad, mientras Jaime Valenzuela logra una muy buena recreación del ambiente sonoro de la época. Y su tratamiento es convincente al hacernos pensar que la cultura barroca no es solo una cultura eminentemente visual (Isabel Cruz) sino, más bien, sensorial.

Las tesis de los tres autores para explicar los cambios y permanencias de la fiesta barroca en el cono Sur son muy parecidas. Están de acuerdo en que las formas proporcionadas por la cultura barroca crearon un imaginario sensorial muy potente y que caló muy hondo en las mentes y espíritus de los contemporáneos. Tanto así, que se recurrió a esa misma fórmula para dar una cierta ilusión de permanencia frente al miedo a cambios radicales que traerían primero las reformas borbónicas y luego la república. Pablo Ortemberg llama a esta estrategia “continuidad ceremonial”, mientras que Jaime Valenzuela habla de una cierta “negociación” entre los actores. El hecho es que la fiesta cívica continuó siendo un vehículo cohesionador, aunque cambiara con los años (Jaime Valenzuela, p. 26).

En cada uno de los libros podemos apreciar cómo va cayendo el antiguo orden y se va reemplazando por uno nuevo. Primero las reformas borbónicas, con la creación de las intendencias y el nuevo papel asignado al Gobernador y luego las independencias de las colonias americanas, van generando un nuevo orden de cosas. El espíritu racional dieciochesco trajo consigo la disminución de la cantidad de festividades religiosas y de la importancia de los rituales asociados al poder monárquico. En este reemplazo, hay puntos de quiebre simbólicos significativos. Uno de ellos es la caída en importancia del paseo del estandarte real y de la fiesta del apóstol Santiago –ambos relacionados con la monarquía hispánica– para dar paso al surgimiento de las banderas nacionales. Tras la lectura de las obras de Pablo Ortemberg y Jaime Valenzuela, queda la impresión que la consagración de las vírgenes patronas de las nuevas naciones puede considerarse como un acto de mediación entre una época y otra. Incluso en España, nos cuenta Pablo Ortemberg, Santiago dejó de ser el patrón oficial, para ceder su protagonismo a santa Teresa, que imponía el intelecto y las letras sobre la fuerza y la guerra. Para Pablo Ortemberg, la utilización del culto mariano no es privativo de ningún bando, hecho que puede, entonces, ser leído como de continuidad, en la medida que “la dimensión ritual religiosa jugó un papel insoslayable en un proceso de crisis y recomposición de legitimidades” (Pablo Ortemberg, p. 191).

Jaime Valenzuela dedica varias páginas a analizar el desplome de la devoción a Santiago apóstol, al tiempo que nos proporciona, íntegramente, las fuentes relacionadas con este tópico. Esto es un gran aporte. Si bien las fuentes habían sido utilizadas por el autor

para argumentar sus ideas, él nos entrega fragmentos completos para que como lectores podamos leerlos desde nuestro punto de vista. Esto no solo constituye un acto de generosidad intelectual sino, también, una forma de entender el ejercicio historiográfico como algo abierto y vivo. Tras la lectura del libro con sus argumentación y a continuación algunas fuentes, podemos seguir conversando virtualmente con el autor y hacernos parte de la discusión que su texto suscita.

Una vez advenidas las nuevas repúblicas, los héroes de la independencia generaron también una política de signos, conscientes del poder de este mecanismo en la articulación de una conciencia común. José de San Martín distribuyó uniformes patriotas, imprimió proclamas, una nueva bandera y escudo, a sabiendas de que un lenguaje ritual conocido permitiría generar una ilusión de orden. Era una forma de exorcizar el miedo a la anarquía, dice Pablo Ortemberg (p. 245).

Las fuentes que utilizan cada uno de estos historiadores son muchas y variadas. Estamos frente a tres trabajos de gran seriedad documental. Un interesante tipo de fuente utilizada por los tres la constituyen las tablas de ceremoniales, donde podemos apreciar una suerte de propedéutica de la fiesta, al tiempo que un reflejo de las prácticas de entonces, en una relación dialéctica que los tres autores relevan. Al hablar de fiesta ideal y fiesta real, los tres coinciden en los fastos de la proclamación de Carlos IV. Jaime Valenzuela describe con lujo de detalles todos los recursos utilizados para la ocasión: arcos triunfales, fuegos de artificio, corridas de toros. Nos relata cómo se trajeron caciques mapuches para la fiesta. En este sentido, es interesante intentar hacer un cruce comparativo con el libro de Pablo Ortemberg, quien también menciona la presencia de indígenas en las fiestas cívicas. Para Jaime Valenzuela, el tema indígena era de menor escala en Chile, por lo que suponemos que su presencia simbólica en estas fiestas es menos significativa que en Lima. En el caso chileno, el traer indígenas conversaba con el plan diplomático y menos belicoso de las autoridades en la frontera sur (Jaime Valenzuela). En el caso peruano, la presencia indígena se relaciona, según Pablo Ortemberg con el recurso incaísta por parte de indios y mestizos nobles (Pablo Ortemberg, pp. 128 y 55). Los criollos también se habrían sumado a esta causa para resguardar sus intereses locales frente a la metrópoli. Pablo Ortemberg nos proporciona una brillante descripción de los indios desfilando, vestidos a la manera de los incas prehispánicos. La clave performativa o inspiración de este orden sería, según el historiador argentino, la genealogía de los incas. Esto remitía a los indígenas a su propio pasado glorioso. Por tanto, aunque permitido por el Virrey, este registro nos muestra que en el corazón mismo de la hegemonía late una visión alternativa del mundo (Pablo Ortemberg, p. 134).

Los tres autores trabajados se refieren a objetos sacralizados y en uso durante fiestas y rituales. Estos son: el pendón real, el sello real, las banderas, los retratos, las imágenes tridimensionales de Santiago apóstol y de la virgen. Hasta el mismo Virrey constituye un signo del poder real, nos dice Pablo Ortemberg (p. 48). Ya sea como fuentes directas o descritas en otras fuentes, estos objetos fueron soportes específicos que con su presencia representaban el poder del Rey y tenían agencia en sí mismos. Con solo verlos, la gente se emocionaba y se activaba en genuflexiones, procesiones, vítores y otras manifestaciones sensibles para participar del júbilo compartido y así mostrar lealtad al Rey y amor a Dios. Pablo Ortemberg los denomina “hierofanías del poder real”, mientras Jaime Valenzuela usa el concepto de “fetiches del poder”.

Jaime Valenzuela es muy sensible al describir los problemas relacionados con el ámbito de la producción de la cultura material para tratar este tema. El barroquismo y los fastos de la fiesta solo eran posibles por el trabajo arduo de un grupo de artesanos dedicados a producir todo lo necesario. Esto se da por sentado en los otros dos autores y consideramos destacable que Jaime Valenzuela haya reparado en todas las etapas y estructuras necesarias para que la fiesta, aun en una remota colonia como era la chilena en aquel entonces, pudiera participar de este tipo de celebraciones que caracterizaban al imperio español. El crecimiento del gremio de los artesanos —en especial orfebres y pintores— y los requerimientos decorativos de la fiesta crecieron en forma dialéctica para permitir que esta región pudiera igualarse en espectacularidad a las fiestas que se celebraban en Lima.

Que la fiesta es una estructura histórica para visibilizar conflictos y tensiones latentes en la sociedad es algo que podemos vislumbrar en los tres trabajos que presentamos aquí. Los lugares más alejados del Rey deben recurrir a todo tipo de estrategias simbólicas para lograr acercarlo y participar, así, de las fiestas del imperio. Para Jaime Valenzuela, este esfuerzo de una colonia periférica como la gobernación de Chile era excesiva. Los individuos y las corporaciones muestran sus rivalidades. Así como en la fiesta del *Corpus Christi* la importancia se adivina al observar el lugar que alguien ocupa en la procesión, donde el estar más cerca de la hostia consagrada denota mayor importancia en la jerarquía social, en la fiesta cívica ocurre lo mismo. Entre más cerca del pendón real pueda desfilar una colectividad o una persona, más posibilidades de jactancia. A pesar de ser un escenario de lucha por el protagonismo simbólico, la fiesta es capaz de absorber las tensiones y de resolver los conflictos; “La fiesta cívica continuará siendo un vehículo cohesionador”, argumenta Jaime Valenzuela (p. 26).

Entre las conclusiones de estos libros, queremos relevar la comunión de ideas de Isabel Cruz y Jaime Valenzuela al referirse a la importancia de la privatización de la fiesta. Especialmente interesante es el tratamiento que le da Jaime Valenzuela a este aspecto porque él aclara que no es que haya habido una declinación de la devoción religiosa, sino, más bien, una privatización.

Como conclusión, estamos frente a dos libros de lectura obligatoria para entender los funcionamientos materiales y simbólicos de los ritos del poder en una parte de América durante el régimen colonial y su paso a la república.

OLAYA SANFUENTES
Instituto de Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile